

de los oradores, Cicerón, conmoviese al mundo entero describiendo los horrores de aquel suplicio, la infamia que le acompaña y la imposibilidad de rebajar hasta eso á un ciudadano romano. La cruz tenía la forma de T. Al crucificado se le ataba á ella desnudo; en seguida se le clavaban los pies, después de lo cual se retiraban las cuerdas. Un taco pequeño sujeto al mástil y sobre el cual quedaba montado el paciente, sostenía el cuerpo todo. La tensión de los músculos, la inflamación de las llagas de los pies y de las manos, la congestión de la sangre en la cabeza, en los pulmones y en el corazón, la inexplicable angustia consiguiente á una pasión violenta, una fiebre intensa sobre un lecho semejante, y una sed ardiente, torturaban al reo sin matarle. Era una especie de espantosa picota sobre la cual había tiempo de agotar toda la amargura de la muerte. Algunos sólo morían de hambre al cabo de tres ó cuatro días, y algunas veces más. En la mayor parte de los casos hacía necesario rematarles, quebrantándoles las piernas. Hasta por esto mismo, en los últimos tiempos, habían suprimido el taco que sostenía al cuerpo para que, colgado de cuatro llagas, el reo muriese más pronto. La muerte, efectivamente, se hacía más rápida, pero la agonía era más dolorosa. La ley nada perdía en ello.

Ninguna de las ignominias ni de los dolores de este afrontoso suplicio se le ahorró á Jesús. Le arrancaron los vestidos y le tendieron desnudo sobre la cruz. Dolor imponderable para una naturaleza tan delicada, tan idealmente pura como aquélla. Según una costumbre nueva, que era resultado de la supresión del tarugo, le clavaron acostado sobre la cruz, y en seguida le levantaron. Fijaron la inscripción por sobre la cabeza, y en este estado le dejaron abandonado sobre el suplicio, hasta que muriese de sus heridas.

Las vestiduras del reo pertenecían, según la ley romana, á los ejecutores. Se las repartieron, excepto la túnica, que era inconsútil, como las vestiduras de los sacerdotes, y la cual se vieron obligados á sortear, cumpliendo así, sin sospecharlo, una de las profecías referentes al Mesías: «Partieron entre sí mis vestidos y sortearon mi túnica». Después de lo cual se retiraron, menos el centurión y un grupo de soldados que debían quedarse allí hasta que ocurriese la muerte, para contener la multitud y guardar el cadáver.

La multitud, efectivamente, era considerable, y habiéndose marchado la cohorte romana, comenzaron á acercarse á la cruz, que era poco elevada, y desfilar ante ella. En todas partes la multitud es implacable, principalmente la que se apiña en torno de los cadalsos. Todos los matices de la enfermiza curiosidad, del desprecio, de la burla cruel,

allí aparecen sucesivamente. «Los que pasaban, dice San Mateo, blasfemaban de él, moviendo la cabeza y diciendo: ¡Oh! destructor del templo de Dios, que lo reedificas en tres días, sálvate á ti mismo y bájate de la cruz».

Los príncipes de los sacerdotes, los ancianos y los escribas se burlaban también de él y decían entre ellos: «Ha salvado á los demás y no puede salvarse á sí mismo. ¡Que ese Cristo, rey de Israel, baje ahora de la cruz, y creeremos en él».

Los que con él estaban crucificados le dirigían también injurias. Nadie había, hasta los soldados, que no se burlasen de él, y acercándosele, no le dijese: «Si eres rey de los judíos, sálvate á ti mismo».

Estas palabras injuriosas que los judíos profieren son la más brillante justificación de aquél á quien acusaron falsamente á Pilatos. Confiesan que nunca se trató de monarquía temporal, pues un rey crucificado es tan incapaz de salvarse á sí propio, como otro cualquier hombre. No tratan de tributos y de César en este momento: revelan el fondo de su pensamiento, el odio que profesan á Cristo, al elegido de Dios, y contradicen en el Calvario el título que mandó colocar Pilatos en el remate de la cruz, para indicar la causa de la muerte de la víctima inocente.

Miraba Jesús aquella multitud, oía aquellos gritos, aquellos insultos, aquella irrisión cruel del hombre que va á morir, y nada contestaba. Al último, sin embargo, abrió sus labios: «¡Padre mío, dijo, perdónalos, pues no saben lo que hacen!».

Fué la primera palabra de Jesús durante su agonía. La humanidad llevó cuenta de ellas, son siete, marcadas con una elevación, con una fuerza, con una ternura y dulzura infinitas. Estas siete palabras terminan la vida de Jesús, como las ocho bienaventuranzas la habían comenzado, por la revelación de una grandeza que no es de la tierra. Únicamente que hay aquí algo más hermoso, que duele, que punce algo divino. Las siete últimas palabras son como la traducción sangrienta de las ocho bienaventuranzas. Jesús había comenzado por enseñárselas al mundo; muere practicándolas. Para levantar nuestras almas hasta esa altura, sube él antes. Pone sus labios en ese cáliz de dolor y de amor, apura su amargo encanto hasta las heces.

A la derecha y á la izquierda de Jesús estaban los dos ladrones, crucificados al mismo tiempo que él. Se vé, según la narración de los sinópticos, que ambos le habían al principio injuriado, como la multitud. Mas en seguida uno de ellos se sintió enternecido é iluminado al ver tanta paciencia. Reprendió á su compañero: «¿No temes á Dios más que éstos, tú que te hallas condenado á igual suplicio? En cuanto á nos-

otros, con justicia padecemos, pues lo hemos merecido á causa de nuestros crímenes. Mas éste no ha hecho mal alguno».

Luego, dirigiéndose á Jesús, añadió: «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino».

Esta frase arrancó á Jesús su segunda palabra, dotada de inefable serenidad real: «¡En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso!».

Pero María y el grupo de las santas mujeres no habían podido resistir á la necesidad de ir al Calvario. Según una tradición que no aparece consignada en el Evangelio, María siquiera, no esperó á ese momento. Fué valerosamente antes que Jesús, en tanto que subía él, pálido y ensangrentado, el camino del Gólgota y los verdugos debieron verse obligados, respetuosos y casi conmovidos, ante los abrazos de la madre y el hijo. En la elevación enteramente divina de su narración, los Evangelistas, siempre tan discretos cuando se trata de la fase humana de la vida de su Maestro, han omitido esta circunstancia; mas la humanidad ha creído siempre en eso, y diez y ocho siglos de destrucción y de ruinas no han podido borrar en Jerusalén el recuerdo del lugar en donde María esperaba á su divino hijo y le dió un postrer abrazo.

Habiendo llegado al Calvario, durante los tristes y crueles preparativos de la crucifixión, María y las santas mujeres permanecieron á cierta distancia, mirando á Jesús, sin apartar de él los ojos.

En seguida pudieron acercarse á la cruz y consolar su agonía con el espectáculo de un amor fiel.

Oigamos á San Juan; va á decirnos la tercera, la más inefable acaso de las últimas palabras de Jesús moribundo: «Estaban en pie, cerca de la cruz, María, madre de Jesús; María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, pues, habiendo visto á su madre, y cerca de ella al discípulo amado, dijo á María: Mujer, he ahí tu hijo. Luego dijo al discípulo: He ahí tu madre».

Más tarde, meditando la piedad esas palabras, vió en ellas la expresión magnífica de un Dios dando una madre á la humanidad representada por San Juan; mas ante todo en aquella hora se verificó la suprema despedida, las tiernas palabras del hijo y del amigo. El primer milagro de Jesús había sido para su madre; su postrer pensamiento es para ella.

La agonía llegaba con todas sus angustias. Debía ser espantosa: primero, á causa de la sensibilidad excepcional de aquella exquisita naturaleza; después, á causa de la voluntad superior de Dios, que había determinado que no le faltase ninguna de las humanas amarguras. Una sed horrible le devoraba. El sol se obscureció: aquellas tinieblas

que empezaron poco después de la crucifixión, y que duraron casi hasta el instante en que Jesús dió el último suspiro; aquellas tinieblas no eran la noche, como las alegres claridades de la noche de Belén no habían sido el día: eran una manifestación de duelo y de estupor de la naturaleza; eran aquel signo en el cielo que los judíos habían estado pidiendo á Jesús, que entonces recibían sin comprenderlo, como iban á recibir, sin comprenderlo también, el signo de Jonás. Una sed horrible devoraba á Jesús; es el gran suplicio de aquella clase de muerte. Ciertamente, Jesús podía bien comprimir en él y ocultar á todas las miradas aquella dolorosa sensación; ¡lo han hecho tantos, por arrogancia ó por fuerza de espíritu! Pero sencillo en el dolor, decidido á beber hasta las heces el caliz de las humillaciones, dice: «¡Tengo sed!»

Había allí un vaso lleno de vinagre; y uno de aquellos soldados mojó en él una esponja atada al extremo de una caña, y la acercó á los labios de Jesús, que probó aquel brebaje. El profeta había escrito: «En mi sed me han dado á beber vinagre.» Un momento después se oyó exclamar: *Eli, Eli, ¿lamma sabacthani?* que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Es el primer versículo del salmo XXI, en el cual David canta al propio tiempo los dolores y las glorias del Mesías.

Algunos de los que rodeaban la cruz, creyendo que hablaba de Elías, se acogieron á una especie de esperanza. «He aquí que llama á Elías,» dijeron. Y los otros: «Esperemos á ver si Elías viene á salvarle.» Jesús no esperaba salvación alguna. Su salvación consistía en morir por los hombres, en morir de amor por los que le crucificaban, en darse al mundo en medio de un conjunto de dolores, de bondad, de valor, que le enterneciese eternamente. Repasa en su mente todas las profecías, á ver si le queda algo que añadir; nada falta ya á los rasgos de su sacrificio, y dice: «Todo está consumado.» Después, levantando de nuevo la voz con fuerza, exclama: «¡Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu!» Su cabeza se inclina sobre el pecho, y expira.

Así muere el señor de la muerte. Aquella libertad de inteligencia y de voluntad en la Cruz, aquel testimonio del cumplimiento de todas las circunstancias anunciadas por los profetas, revelaban la plena libertad de aquel que había dicho: «Tengo el poder de dejar mi vida, y el poder de recobrarla.»

Eran las tres de la tarde. Los romanos dejaban el cadáver en la Cruz para que sirviese de pasto á las aves de rapiña. Mas la ley judaica exigía que los cadáveres se retirasen la víspera de la fiesta, para que la mancha legal que resultaba de la vista de tal objeto, no crease para

los transeuntes la imposibilidad de celebrar la fiesta. Este motivo era tanto más poderoso, cuanto que al día siguiente era la gran solemnidad de la Pascua, que en aquel año caía en sábado. Fueron, pues, á pedir á la autoridad romana que mandase romper las piernas á los reos, porque el tiempo urgía, y que los mandase retirar de allí; á lo cual accedió Pilatos sin dificultad. Hiciéronlo así con las piernas de los dos ladrones; pero viendo que Jesús había cesado de vivir, en vez de hacer lo propio con él, uno de los soldados le dió una lanzada en el costado, y de aquella herida salió sangre y agua.

San Juan advierte con cuidado y afirma con religiosa solemnidad esa herida del corazón. En efecto, ella completaba todos los misterios. Completaba la belleza sublime y conmovedora de aquel Cristo á quien la humanidad no debía dejar de contemplar; con los brazos abiertos para estrechar al mundo con ellos, con la cabeza coronada de dolor y de amor, con el cuerpo vestido únicamente con la púrpura de su sangre, con los pies y las manos traspasadas y entreabierto el corazón.

Entre tanto las tinieblas se extendieron por todas partes. Tembló la tierra. Quebráronse las rocas. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba á abajo. La multitud se volvió golpeándose el pecho. Y se oyó al centurión romano que exclamaba: «VERDADERAMENTE ESTE ERA EL HIJO DE DIOS.»

V

La montaña de la Redención está actualmente cubierta por una bóveda, de la cual están suspendidas multitud de lámparas de todas dimensiones y de todos los colores, cuyas luces semejan una lluvia de estrellas. Entre estos resplandores se destaca sobre el fondo de plata la cruz griega que lleva el Salvador en medio de su Santísima Madre y el amado discípulo, ambos vestidos de argentados trajes; todo al rededor las aureolas floridas con piedras preciosas, el candelero de siete brazos y el relicario de oro al pie de la cruz. Mas estas magnificencias dejan indiferente y pasan casi desapercibidas; ¡tan preocupado está el espíritu y tan enternecido y embargado el corazón con el recuerdo de la aterradora escena que ensangrentó aquel lugar hace pronto diez y nueve siglos! Está uno allí poseído de un santo terror y espanto, al considerar que se pisa la misma tierra que bebió la sangre de Cristo, que se está sobre el Gólgota, en donde fué plantado el árbol de la Cruz, en donde Jesús expiró; en donde las duras rocas se abrieron recogiendo su último

aliento y donde el sol, por piedad para con su Autor, por horror al crimen de los hombres, veló sus resplandecientes rayos y obscureció su luz.....

En la capilla impregnada de lágrimas, cuyo aire está dulcemente entorpecido por las plegarias de los siglos, examino mentalmente tantas cosas sucedidas, y tantas veces comentadas.....

»Para adorar sin comprender el objeto de nuestra adoración, como sucede á tantos hombres sencillos como vienen aquí— y que pasan por sabios y lógicos— se necesita tener sin duda la intuición y el favor de que carezco yo.....

»De repente siento detrás de mí un ruido particular, una especie de choque sobre el mármol del pavimento..... me vuelvo y veo á un hombre de cabellos canos, allí arrodillado y golpeándose la frente.

»Inmediatamente se levantó, juntó las manos y dejó escapar abundantísimas lágrimas que corrieron por sus arrugadas mejillas. En sus ojos, grandemente dilatados, se dibujaba una expresión de confianza y de alegría extraterrestres. Era un viejo cuya carrera en el camino de la vida estaba próxima á expirar, á cuyo rostro el negro dedo de la muerte se acercaba paulatinamente..... Sonaba para él la hora de su inevitable destrucción, ¡Abuelo que se va, confía encontrar allá, en ese inmenso infinito, á sus nietecillos y á sus hijos! ¡Bendita una y mil veces la fe consoladora, la fe bendita y religiosa!..... Los que dicen que «la ilusión es dulce, pero que, como á toda ilusión es necesario arrancarla del corazón de los hombres», son tan insensatos como los que suprimen los remedios calmantes bajo el pretexto de que sus efectos cesan en el momento de la muerte.

»Y á mi ver, poco á poco me siento penetrado también por la dulce y engañosa impresión de una plegaría comprendida y escuchada..... ¡Y yo que creía en la extinción de los espejismos!.....

»Algo desconocido siento que vela mis ojos. En lo imprevisto á lo que no puede oponérsele resistencia; detrás de la columna que me oculta, lloro como el anciano; todas las lágrimas amontonadas durante mis pasadas agonías, se han pasado como dique que se desborda.

»Invoco á Dios como puedo, como lo siento, é inclino la frente como el anciano que está cerca de mí.....

»¡Cristo! Todo lo que hagan y digan de tí los hombres quedará velado por inexplicable. Desde que aparece tu cruz, desde que se pronuncia tu nombre, todo cambia y se funde: los rencores se olvidan y se ven los desprendimientos terrenales que purifican: delante de tu cruz, la más humilde, todo corazón duro y altanero se hace piadoso. Tú eres el